

EL TENIENTE GENERAL DON GENARO DE QUESADA Y MATHEUS

Quinto Director General de la Guardia Civil

Por **Juan Valero Capilla**

Brigada de la Guardia Civil

Nació en Santander el 6 de febrero de 1818. Era hijo del ilustre Capitán General de Castilla la Nueva, don Vicente Genaro de Quesada, Marqués de Moncayo. Heredó de su padre un apellido ilustre y la vocación a la carrera de las armas, así como un profundo y sincero amor hacia Fernando VII, y en general hacia la institución monárquica, lo que le llevaría al final de sus días a militar en las filas de los conservadores de Cánovas del Castillo. No menos distinguida fue su madre, doña María Luisa Matheus, de quien recibió una sólida formación moral y religiosa.

Al ser nombrado el 21 de noviembre de 1863 Director General del Cuerpo de Guardias Civiles y de la Guardia Civil Veterana, se dedicó con asiduo interés al estudio de la Institución y su mayor prestigio. Bajo su mando, la Guardia Civil Veterana, creada por su antecesor, se transformó en Tercio Veterano, primero, y, en seguida, en Tercio de Madrid. Fue, por tanto, el primero en tomar la denominación de Director General de la Guardia Civil, que persiste hasta hoy. Y con cuarenta y cinco años, el más joven de todos los que ejercieron este cargo —aparte del fundador, Ahumada, que lo fue a los cuarenta y un años—, así como el primero de los tres únicos que luego alcanzaría el grado de Capitán General, tan poco prodigado en el Ejército español. Siempre se mantuvo apartado de la política y dedicado exclusivamente a su profesión, caso extraño en un militar del siglo XIX.

Consagrado al Ejército y a la Patria, siempre guardó su lealtad a la viuda de Fernando VII, doña María Cristina, primero, y luego, sucesivamente, a Isabel II, a Alfonso XII y a la viuda de éste, la segunda doña María Cristina, también Regente como la primera.

Por todos ellos luchó y sufrió, no como político, sino como militar, sin que ningún partido ni jefe político pudiese considerarle vinculado a él, pues si sofocó alzamientos lo hizo como profesional de la milicia y patriota, al igual que participó en las tres guerras carlistas y en la guerra de Africa en 1860.

QUESADA, EN LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Como era costumbre en aquellos tiempos, en atención a los méritos de su padre, ya Teniente General por haberse sublevado en 1822 en Navarra como «Realista», a los seis años de edad, en 1824, se le nombró «Alférez de gracia y menor edad» de Caballería «sin antigüedad». Desde este último año hasta el 1832 se dedicó al estudio en el Real Seminario de Nobles, pues aunque al cumplir la edad de ordenanza, en 6 de febrero de 1830, entró en el goce de antigüedad, hasta el 1.º de marzo de 1833, reinando aún Fernando VII, no fue dado de alta para el servicio activo en el Regimiento de Infantería de Navarra, 6.º de Ligeros, con el empleo de Teniente, concedido también como gracia especial el 2 de febrero anterior.

El 23 de mayo pasó al primer Regimiento de la Guardia Real de Infantería en Madrid, donde prestó el servicio correspondiente a su clase. En noviembre solicitó permiso para ser agregado a una columna de Caballería que mandaba el General Tolrá, con el que asistió a las operaciones que se realizaron por la Rioja.

En febrero del siguiente año pasó como Ayudante de Campo de su padre, concurrendo con éste el 22 de abril a la acción de Alsasua, sostenida por 3 Batallones con 50 caballos y 2 piezas de montaña, contra 11 Batallones y 3 escuadrones enemigos, que fueron completamente rechazados.

Al joven Teniente Quesada no le supuso la ayudantía con su padre ninguna situación de privilegio, pues éste, en parte por la confianza que en él podía depositar y en parte para dar ejemplo y demostrar que no pretendía apartar a su hijo de los riesgos y fatigas de la campaña, le encomendó con frecuencia misiones de gran responsabilidad y peligro, como la de cierto día en que el General en Jefe, temiendo por la suerte de algunas fuerzas que conducía el General Jefe de E. M., quiso enviarle órdenes, eligió para esta misión a su hijo, por no aventurar a otro Oficial a los riesgos que debía correr, ya que era inevitable el atravesar por medio de algunas fuerzas enemigas. Una vez que su hijo marchó a cumplir la misión, el General Quesada no pudo ocultar la inquietud y angustia propias de un padre hasta que le vio regresar con las tropas en cuya busca había salido.

El 26 de mayo, cuando marchaba con la División de su padre, fue sorprendida ésta en el pueblo de Muez por el caudillo carlista Zumalacárregui, que, con 10 compañías, se había apostado en él para sorprenderle. El enemigo fue rechazado y al joven Quesada, por su decisión y arrojo en la misma, le fue concedida la Cruz de 1.ª clase de San Fernando.

El prematuro y desafortunado regreso del General Quesada a la Corte, para el mando de la Guardia, hizo regresar también al hijo, quebrando esta primera etapa militar del joven, tan brillantemente iniciada. Perdió la oportunidad de progresar entonces en su carrera militar y, sobre todo, en la sublevación de los sargentos de la Guardia Real en 1836 perdió a su padre, a quien veneraba como tal, admiraba como maestro y respetaba como jefe.

A. Pirala nos narra el asesinato de este General:

«El duque de Veragua corrió a casa del General Quesada y le dijo:

—General, está usted vendido. Levántese usted y hágame usted el obsequio de acompañarme a casa. S. M. ha jurado anteayer la Constitución.

Sereno aquel valiente militar, que ya sabía arrastrar los peligros, le contestó:

—Duque, eso no es cierto, y a usted le han engañado seguramente; anoche mismo he recibido carta en que se me dice que me sostenga, que allí, en La Granja, todo está tranquilo y sin novedad.

Sin embargo, replicó el Duque:

—Quien está engañado es usted; véngase usted conmigo y en mi casa verá lo que me dicen.

Quesada persistió en su funesta negativa. Estaba obcecado. Temía, además, aparecer débil, y ese temor le perdió. ¡Débil Quesada! ¡El que tantas veces sacrificó su vida en el campo de batalla! ¡Qué mal se conocía a los hombres y a las cosas!

A poco llega el recado de Méndez Vigo, ve la verdad, conoce entonces su posición y exclama con amargura estas inolvidables palabras:

«Está visto; no puede uno ser hombre de bien en este país ingrato.»

Manda llamar a su esposa, que volvía de la iglesia, según su costumbre diaria, y le dice, abrazándola: «Sálvate y salva a mis hijos, y no tengas cuidado por mí.»

Llama luego a su hijo Genaro, quien con don Francisco Rodríguez disponen su fuga y se dirigen fuera de Madrid.

Ni el ser observado por los carabineros de la puerta de Bilbao, que le detuvieron, ni el considerar lo fácil que sería hallarle fuera de la población les hizo variar de propósito. Siguió, por su mala estrella, y en la Fuente Castellana entró en una casa que tenía arrendada su amigo don Pedro Broca. De aquí salió éste a su casa a llevarle un caballo para alejarse con mayor celeridad, y en él se dirigió a la huerta del Quinto, inmediata al pueblo de Hortaleza. En el camino se encontró con don Lorenzo Iborte, dependiente de una tienda de la calle de Fuencarral, esquina a la de las Infantas; le conoció y volvió atrás a dar parte a la justicia de Hortaleza. El premio de esta delación fue una charretera en provinciales; fue a la guerra y, en la primera acción en que se halló, murió. Otra muerte merecía este chivato.

El alcalde, oficioso, envió algunos nacionales en busca del general, le alcanzaron y le condujeron preso, señalándole por cárcel una casa situada a la derecha del camino, entrando desde Madrid, y le pusieron una guardia de carabineros, cuyo oficial se ofreció atento a Quesada, y después, otra de nacionales del pueblo.

Quesada se mostraba digno, grande, en su terrible situación. No hizo un movimiento que desmintiera su serenidad ni pronunciaron sus labios una queja.

Su trágico fin se acercaba: una turba de constitucionales, no de asesinos, corría ebria de furor y sedienta de sangre, a derramar la del vecino indefenso. Al sentirlos, es fama que se levantó de la silla y echó mano al sitio en que acostumbraba a encontrar la espada, y con tal altivo continente, que el mismo centinela confesó después que tuvo miedo. Ve que no puede vender cara su vida, vuelve a sentarse, y así esperó a sus asesinos, que, atropellando la guardia e imponiendo al centinela con un par de pistolas que le pusieron al pecho, se precipitaron en la estancia y asesinaron bárbaramente a

queles decía estaba indefenso y que había sido el apoyo de la libertad española.

Nada oía la canalla y, como si no fuera bastante su crimen, se complacieron en mutilar el cadáver para hacer inhumana ostentación de aquellos restos sobre las mesas del Café Nuevo.

Y prosigue diciéndonos Antonio Pirala:

«Así acabó el hombre que, si defendió en un tiempo el absolutismo, fue el primero que en sus célebres exposiciones del 20 de marzo de 1833 y 8 de enero de 1834 hizo frente al poder y se mostró enemigo de los ministerios Cruz y Cea Bermúdez, porque quería más libertad, porque deseaba la reunión de Cortes.

Quesada va luego a combatir a los carlistas y lo hace con entusiasmo, con lealtad; pudo haber cometido defectos, pero no traición; nadie dudó de su liberalismo, de la sinceridad con que abrazó esta causa.»

Termina el autor de «Historia de la guerra civil», Pirala, diciendo:

«A Quesada se le abandonó malamente y por los que más debieran ampararle, por los que debieron salvarle. Los que —en La Granja— estaban al corriente de cuanto pasaba debieron avisarle oportunamente que la revolución había triunfado; pero no sólo no se le dijo esto, sino que se le engañó, diciéndole que se sostuviera. Esto fue un crimen.

El sucesor de Quesada estaba en el deber de velar por él: sabía que peligraba su vida; no salvándola puede alguno hacerle responsable de su muerte.

Los partidos se han mostrado después ingratos, como de costumbre, pues ni sus compañeros de guerra, ni sus amigos políticos, los moderados, se han acordado de traer a Madrid los restos que se lograron enterrar de aquella ilustre víctima del deber militar.»

Tanto llegó a afectarle a nuestro biografiado la muerte de su padre que resolvió abandonar la carrera de las armas y marchar a Francia. Para ello solicitó en septiembre la licencia absoluta, la cual no llegó a obtener gracias a la intercesión de sus parientes más allegados y amigos que evitaron le fuese concedida, aunque no pudieron impedir que se ausentase a la nación vecina.

En marzo de 1837 tuvo que regresar precipitadamente por el fallecimiento de su madre, segundo rudo golpe espiritual que sufría en menos de un año.

Nuevamente, la intervención de sus familiares y amigos lograron convencerle de la necesidad de sobreponerse a la desgracia y volver nuevamente al Ejército, cosa que efectuó a finales de dicho año con el empleo de Capitán, incorporándose al Primer Regimiento de la Guardia Real de Infantería, en el Ejército del Norte.

El 27 de abril de 1838 concurrió a la acción de Brújula. Durante los días 19, 20 y 21 de junio se halló en el sitio y toma de Peñacerrada y su fuerte, formando parte de la División de la Guardia, al mando del General De Rivero y a las órdenes del General en Jefe, Espartero. La Caballería carlista había cargado a las guerrillas, entablándose un violento combate en el que hubo momentos terribles, y para no sufrir la impaciencia de las vicisitudes, Espartero, reasumiendo en sí el éxito de la batalla y resuelto a decidirla, con arrojo indescriptible y a la voz de «¡A ellos, muchachos, ya pasó el peligro!», cargó con la Caballería —siempre en primera fila Quesada—, sin permitir por su velocidad más que una descarga, lo que dio el triunfo a las armas liberales. Los



Espartero y Maroto, jefes enemigos durante la primera guerra carlista.

carlistas, aunque valientes, no pudieron resistir un ataque tan heroico y se declararon vencidos. Introdújose entre ellos el pánico y el desorden y huyeron. El ejército victorioso se apoderó de cuatro piezas de artillería, un considerable número de prisioneros, municiones, pertrechos, tiros y cuanto podía constituir un completo botín. A consecuencia de esta victoria, los carlistas tuvieron que abandonar la plaza.

Para recompensar el valor de los soldados que intervinieron en el asalto, muchos de ellos fueron condecorados con la Cruz de Peñacerrada (Orden de 20 de julio de 1838) y el Capitán Quesada mereció el grado de Teniente Coronel, cuando contaba veinte años de edad.

Desde el 24 de abril al 15 de mayo del siguiente año, y siempre de operaciones, asistió nuestro biografiado a la toma de los fuertes de Ramales y Guardamino; tomó parte en la acción de Villarreal de Alava el 14 de agosto; en la de Calanda, el 10 de octubre, y en la de Peñacorta, el 17 de noviembre. Desde el 23 al 27 de febrero del 1840 asistió a la toma de Segura; a la de Castellote, desde el 21 al 25 del siguiente mes; estuvo en el fuerte de Peñarroya el 9 de abril; a la sorpresa de Beceite, el 19 del mismo; a la acción de Gandesa, el 26; a la de Valde lladres y Sierra del Caballo, el 10 de mayo; al sitio de Morella y sus fuertes, desde el 19 al 30 del mismo mes, alcanzando por méritos de guerra el empleo de Comandante efectivo a los veintidós años de edad, además de la Cruz de Distinción por el asalto a Morella y sus fuertes.

Terminada la primera guerra carlista, en el verano de 1840, continuó Quesada prestando los servicios normales de tiempo de paz.

Los motines, la abdicación de la Reina Regente y los pronunciamientos de los Generales moderados a poco de iniciarse la Regencia de Espartero le trajeron a la memoria la muerte de su padre en circunstancias parecidas y, sin tomar parte en ninguno de aquellos sucesos, solicitó y obtuvo licencia ilimitada, que comenzó a disfrutar en fin de noviembre de 1841.

El 18 de julio de 1843 volvió al servicio, entrando inmediatamente en operaciones con el Ejército de Andalucía. Hasta fin del mismo, y desde el 30 del expresado mes de julio hasta 1.º de septiembre, estuvo encargado del mando del Provincial de Segovia, si bien el 21 del mes anterior ya había obtenido el grado de Coronel y el 6 de septiembre fue ascendido a Teniente Coronel efectivo, por elección, y, como tal, Primer Jefe del Provincial de Córdoba. Ambas resoluciones dimanaron del Gobierno Provisional de don Joaquín María López, quien, aunque progresista, confió todos los cargos militares a los Generales moderados para preparar el acceso al Trono de Isabel II, que tuvo lugar en noviembre, para lo cual se adelantó la declaración de su mayoría de edad.

En muchas Unidades del Ejército, la disciplina se había relajado, como resultado de la inestabilidad política y del ambiente subversivo creado en el país bajo la Regencia de Espartero. Uno de los regimientos más indisciplinados era el Provincial de Córdoba, cuyo mando se había dado a Quesada.

Bajo pesimistas auspicios marchó a desempeñar su cometido. En la noche del 24 de septiembre se le sublevaron cinco compañías del Regimiento, recibéndole a tiros; pero él, solo, lanzándose en medio de los sublevados en un acto de extraordinaria temeridad que los paralizó de asombro, logró reducirlos a la obediencia y evitar que se sublevase el resto del Regimiento. En esta noche, y en medio de la oscuridad, corrió Quesada infinitos riesgos, llegando hasta tener en el pecho la boca del fusil de un sargento de granaderos, que otro sargento de cazadores quitó del tórax de su superior.

En esta misión sólo le acompañaron al principio cuatro individuos, que luego se confundieron entre los demás; el Teniente del Regimiento

de la Unión don Manuel Balmes y el cabo primero de su Batallón Antonio Serrano, secundando siempre sus órdenes sin abandonarle nunca. Así se logró evitar la completa sublevación del Batallón, pues otras tres compañías que estaban en Carmona de paso para Huelva habían intentado al propio tiempo hacer algún movimiento.

Por este hecho, que como todos los que tienden a conservar la disciplina en el Ejército es de los más honrosos que pueden darse en la carrera militar, fue recompensado con el empleo efectivo de Coronel.

Desde enero de 1844 hasta el 20 de marzo del siguiente año, prosiguió de servicio en el Regimiento de Infantería de Zaragoza y, posteriormente, el Capitán General de Cataluña le confió el mando de las columnas que debían operar por Gerona y el Ampurdán, para sofocar la rebelión de algunos pueblos de la provincia que se habían manifestado contra la movilización de quintos. Tuvo varios encuentros con los sublevados y entró a viva fuerza el 9 de julio en el pueblo de San Felú.

Pacificado el país, en diciembre, al mando de otra columna recorrió con ella el Ampurdán. Fue recompensado por Real Orden de 20 de noviembre con la Cruz de Comendador de Isabel la Católica.

QUESADA, EN LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA

Al fracasar la proyectada boda de Isabel II con el Conde de Montemolín —Carlos IV para los «ilegitimistas», pues en él había abdicado sus derechos su padre, don Carlos María Isidro—, comenzó en 1847 la segunda guerra carlista, en la que volvió a tomar parte activísima Quesada hasta su total terminación, en octubre de 1849, cuando Cabrera repasó el Pirineo hacia Francia con los restos de su ejército.

El teatro principal de esta guerra fue precisamente Cataluña, donde operó nuestro biografiado en 1.º de julio en el Panadé, con el cargo de Comandante General. El 14 de agosto pasó al distrito de Montblanch, batiendo al enemigo en Forés; el 26 de igual mes a Fonollo y Aguiló, y el 15 de septiembre a Rocallaura.

En marzo del año siguiente tomó el mando del distrito de Reus, unido al de Montblanch, batiendo el 16 de junio en Mas de Dalt a los montemolinistas; el 23 de agosto sorprendió una partida en los Omells; el 25 atacó al enemigo en Velltall, así como en Fullea, en Molá y en Sierra de la Figuera.

Siempre en operaciones y sin darse un momento de respiro, el día 24 de octubre se halló en la acción de Albi; el 3 de noviembre, en la del pueblo de Figuera, y el 15 del mismo mes, en la Sierra de la Llena; el 4 de diciembre dio alcance en la Riva a una facción, que puso en completa fuga.

El 5 de septiembre de 1848, al ascender a Brigadier por méritos de guerra, pasó a mandar la Primera Brigada de la Segunda División, con la que no dio tregua al enemigo.

El estado en que Quesada había puesto el Regimiento a cuyo frente se hallaba, lo demuestra el General Belestá en la revista de inspección que pasó este año, por su concepción: «Este Brigadier, decía, ha

prestado servicios distinguidos, particularmente el año 1843 cuando se sublevó su Batallón; reúne en mi concepto todas las dotes necesarias para los primeros mandos del Ejército. El buen estado en que ha presentado su Regimiento no deja nada que desear».

Termina la campaña el 14 de mayo de 1849, se le concedió por su distinguida actuación en toda ella, la Cruz de Tercera clase de San Fernando al mismo tiempo que era propuesto para Mariscal de Campo, por el General en Jefe del Ejército de Cataluña.

Durante un par de años estuvo encargado de la Comandancia General de Tarragona, hasta que, enrarecido el ambiente político por la dimisión de Narváez y la coalición de Generales, tanto moderados como progresistas, contra Bravo Murillo, nuevo Jefe del Gobierno, solicitó y obtuvo de S. M. el 21 de mayo de 1851 el pase a situación de cuartel con residencia en Madrid, para no verse forzado a intervenir en la política.

El 15 de febrero de 1852, a propuesta del Inspector General de Carabineros, fue nombrado Quesada Secretario de la Dirección General de dicho Cuerpo, hasta el 23 de septiembre de 1853, que ascendió a Mariscal de Campo, con cuyo empleo se le nombró Segundo Cabo de Castilla la Nueva y Gobernador Militar de la Plaza y Provincia de Madrid, cuando ya O'Donnell había comenzado a conspirar, con Cánovas del Castillo, contra las inmoralidades —«polacadas» se decía— del gabinete ministerial presidido por el Conde de San Luis.

Llegaron, al fin, los sucesos de la revolución de 1854. Quesada, apolítico, cuya única línea de conducta era la fidelidad a Isabel II, cumplió resueltamente con su deber militar, y, frente a la «vicalvarada», el día 30 de junio, se mantuvo entre las tropas leales al gobierno presidido por el conde de San Luis.

Las tropas gubernamentales, compuestas por 4.500 infantes, 500 jinetes y 20 piezas de artillería de la guarnición de Madrid, a las órdenes del Capitán General don Anselmo Blasser, se dirigieron a Vicálvaro para batir a las sublevadas. Las tropas insurrectas, mandadas por el General don Leopoldo O'Donnell, secundado por los también Generales Dulce y Echagüe, ascendían a 800 infantes, más 600 jinetes.

La acción se redujo a algunos ligeros tiroteos y su resultado fue adverso para los sublevados, que se retiraron por el camino de Aranjuez y Manzanares, seguidos por las fuerzas de Madrid. Por este hecho mereció Quesada la Gran Cruz de Isabel la Católica, que se le otorgó en 1.º de julio. Se comportó con gran caballerosidad, elogiada incluso por el General Dulce, principal figura de los sublevados.

Al producirse los saqueos e incendios de palacios en Madrid en la noche del 17 de julio, tolerados por el «ministerio metralla» del Duque de Rivas, teniendo presente en la memoria el asesinato de su padre y disconforme con la falta de energía del Gobierno, dimitió personalmente en la madrugada del día 18 ante el nuevo Ministro de la Guerra, en el Palacio de Buenavista.

Una vez finalizados los sucesos y revueltas populares que se originaron en diversas ciudades del país, marchó a Francia durante unos meses, para regresar en el mes de noviembre a la capital de España, de donde se le obligó salir a las pocas horas para Valencia, sin que



Don Genaro de Quesada y Mathews

hubiese más motivos que su conducta anterior. Aunque jamás se había pronunciado en ninguna dirección política, fue tildado de moderado y como tal perseguido, hasta que en septiembre de 1856, ya dimitido Espartero y en el poder O'Donnell, menos exaltado que él, se le permitió regresar a Madrid. Un mes más tarde, al subir al poder Narváez por Real Orden de 15 de diciembre, se le nombró Inspector del Colegio de Infantería.

Esto no supuso que el General Quesada hubiese quedado encuadrado en el partido moderado. Así, cuando en junio de 1858 volvió a formar ministerio O'Donnell, no fue molestado, pues éste había llegado a comprender su sincero apoliticismo y su exclusiva dedicación a su carrera militar, leal siempre, tan sólo, a su Reina y a su Patria.

QUESADA, EN LA GUERRA DE AFRICA

Al iniciarse la guerra de Africa en 1859-60, el mismo O'Donnell, Jefe del Gobierno y General en Jefe del Ejército de Operaciones, le confió el mando de la Segunda División del Tercer Cuerpo de Ejército.

En esta breve y triunfal campaña fue la actuación de Quesada muy destacada, sobre todo en la batalla de Wad-Ras, que tuvo lugar el 23 de marzo de 1860. Después de la conquista de Tetuán y una vez terminados los preparativos para la marcha sobre Tánger, el Ejército español reanudó su avance hacia esta ciudad, formando en una sola columna, por la margen izquierda del río Martín y protegido su flanco derecho por la División del General Ríos, no tardando en divisar al enemigo, cuyo centro ocupaba las alturas de Busjefa, mientras sus alas se extendían por la derecha del referido río y las alturas de Sierra Bermeja, con el claro propósito de envolverlo.

El Primer Cuerpo, que iba en vanguardia, después de arrollar las avanzadas enemigas, fue detenido por la tenaz defensa del puente de Busjefa, hasta que, forzado el paso por la Brigada del General Serrano, perteneciente al Segundo Cuerpo, logró éste vadear el río y desplegar en la margen opuesta.

O'Donnell, para evitar el envolvimiento del flanco izquierdo, envió también cuatro Batallones y un escuadrón a la orilla derecha del Martín, que, empeñados contra fuerzas mucho más numerosas, hubieron de ser reforzados por los voluntarios catalanes, primero, y por la Brigada Hediger, después, consiguiendo con este último refuerzo ahuyentar al enemigo definitivamente.

En la derecha, el General Ríos, después de dominar las alturas de Samsa, sufrió un violento contraataque, logrando, tras una dura lucha, arrojar a sus enemigos al valle de Wad-Ras.

Mientras tanto, el General Prim, en el centro, que había iniciado la subida de Benider, estuvo en dos ocasiones a punto de ser envuelto por su flanco izquierdo, salvándole la oportuna ayuda del General Ros-de Olano, rechazando el segundo de dichos ataques; las fuerzas españolas coronaron briosamente la cima, retirándose los moros hacia el Fondak.

Entonces, el General O'Donnell ordenó el ataque simultáneo de todo el Ejército contra el Fondak. La División de Ríos y la Brigada de Hediger, que formaban en ambos extremos del frente, acentuaron sus ya iniciadas conversiones a izquierda y derecha, respectivamente, para caer sobre las alas enemigas, mientras las de Prim, Ros de Olano y Echagüe, con el propio General O'Donnell a la cabeza, arrollaban por el frente la última resistencia de los contrarios, que, vencidos ya en toda la línea, emprendieron la huida por el camino de Fondak. Esta victoria española precipitó el fin de la guerra, ya que indujo a los marroquíes a solicitar conversaciones de paz.

O'Donnell supo apreciar los valiosos servicios prestados por Quesada, otorgándole la Gran Cruz de Carlos III y su ascenso por méritos de guerra a Teniente General, con cuyo empleo, alcanzado a los cuarenta y dos años, fue nombrado Capitán General de Andalucía.

Este último le produjo honda satisfacción por razones sentimentales, puesto que le permitía ocupar el mismo puesto que años atrás desem-



Flanco izquierdo durante la batalla de Tetuán, en la que tuvo valiosa intervención el General Quesada.

peñara su padre. Fue un período de descanso, sólo turbado al tener que sofocar la insurrección republicana de Loja, el año 1861. Pero en el horizonte político comenzaban a aparecer nuevos acontecimientos que pronto enrarecieron el ambiente.

Quizá por esto y recordando su eficacia para sofocar sublevaciones, cuando comenzaron a agitarse los progresistas revolucionarios de Prim, los demócratas de Salmerón y Castelar, los republicanos de Giner y los federalistas de Pi y Margall, al tiempo de dimitir Hoyos, ya séptuagenario, de su mando en la Benemérita, se pensó en Quesada, joven y enérgico Teniente General de cuarenta y cinco años, para sustituirlo.

QUESADA, DIRECTOR GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

El 21 de noviembre de 1863, por un Real Decreto, se nombraba Director General de la Guardia Civil y Veterana al Teniente General don Genaro de Quesada y Matheu, todavía Capitán General de Andalucía.

El día 8 del siguiente mes, al hacerse cargo del mando de la Benemérita el General Quesada, en una Orden General decía:

«Para corresponder a la señalada honra que he debido a la confianza de S. M. la Reina (q. D. g.) colocándome al frente de este Cuerpo distinguido, que en su corta historia, y atravesando períodos difíciles, ha sabido colocar su nombre y prestigio a tan envidiable altura, nada omitiré, siguiendo el camino trazado por mis dignos antecesores. Confío para esto que sus clases, no contentas con llenar su obligación, se esforzarán en secundarme con el celo y eficacia que necesito y reclamo.

»Observador de los reglamentos por deber, por costumbre y por convicción, exigiré sean por todos igualmente cumplidos, y dentro de su letra y espíritu me complacerá atender, premiar y recomendar el mérito, anhelo inspirar la confianza de que para apreciarlo y buscarlo no habrá para mí clase olvidada ni rincón desconocido o ignorado.

»Esta será mi marcha: deseo que todos descansen en la lealtad de mi carácter, que el Cuerpo permanezca ajeno, como lo está, a la lucha de los partidos y a las pasiones de localidad, seguro que dentro de la justicia procurará por los intereses generales y particulares, para que todo contribuya a obtener los resultados que tienen derecho a esperar nuestra Reina y nuestra Patria.»

Inmediatamente después de hacerse cargo del Instituto comenzó a trabajar con la idea siempre de llevar a cabo grandes e importantes mejoras de todo tipo, especialmente a nivel individual, y con ese fin, el 1.º de enero de 1864, decía en la siguiente Orden General:

«Siendo mi ánimo recompensar a los individuos del Cuerpo que lo merezcan y fomentar el buen espíritu e interior satisfacción de todo el que por una conducta irreprochable, un acto distinguido de valor o un eminente servicio humanitario coadyuve a la reputación del Instituto, he dispuesto abrir una sección de orden general con que en adelante se encabezará la oficial del Boletín del Cuerpo cuando haya motivo para dictarla, en donde yo mismo inscribiré con orgullo el nombre de los acreedores a tan elevada distinción, publicando también la recompensa que hubiera merecido, y donde al mismo tiempo entregaré alguna vez a la reprobación del Cuerpo los que en cualquiera concepto hubieren perjudicado el prestigio colectivo del mismo, si llegara este caso.

He acordado también suprimir la sección denominada Correspondencia como impropia, y con el fin de evitar en lo sucesivo preguntas que revelan siempre una ignorancia desfavorable al que las produce.

En la Cartilla, en los Reglamentos y en las reales órdenes y circulares que con tanto cuidado se publican es donde deben aprender los individuos del Cuerpo cuáles son sus derechos, de la misma manera que han aprendido sus deberes. Cualquiera de mis subordinados tiene un amparo seguro en la rectitud de sus Jefes, a quienes deben consultar las dudas y dirigir sus reclamaciones; en cuanto a lo graciable, todo debe esperarse siempre que se llegue a mi autoridad, cuando sea de mis atribuciones y razonable la pretensión, pues los que bien y mejor cumplen no buscan empeños ni recomendaciones, que indican poca confianza en los propios méritos, a la par que punible duda de la rectitud de sus superiores.

Con el mismo fin fue dictada oportunamente la Circular de 21 de abril de 1861 que he visto con desagrado olvidada, precisamente en mis primeros momentos de ejercer este mando, mereciendo una interpretación muy desfavorable semejante abuso.

Resuelto estoy a sostener aquélla, como todas las disposiciones de mis antecesores que no se hallen posteriormente anuladas; y es necesario que todas las clases se penetren de la obligación que tienen de atemperarse al espíritu militar, verdadero nervio de la Guardia Civil, secundándome para conseguirlo por completo cada cual con su ejemplo y en el círculo de sus facultades y atribuciones.»

Al revistar en el campo de Guardias a las fuerzas de Infantería y Caballería de la Comandancia del Norte del Tercio Veterano, lo efectuó el General Quesada vistiendo por primera vez el uniforme de la Guardia Civil.

Su máxima constante era la de visitar y revistar todos los puestos de la Benemérita para así poder conocer uno a uno y personalmente a todos sus miembros e interesarse por la situación de cada uno de ellos. Su preocupación queda reflejada en la siguiente Orden General, de fecha 16 de mayo:

«La ligera revista que acabo de pasar en cinco provincias me ha bastado para conocer su excelente personal, estado de sus armas y caballos y el aprecio que en todas partes ha sabido el Cuerpo granjearse por sus servicios y comportamiento.

Hay necesidades que atender y deberes que llenar; de todo me he hecho cargo y procuraré proveer el remedio donde se necesite, impulsando los buenos elementos que encierra la organización de este distinguido Instituto.

El concepto adquirido por su conducta raya a grande altura, pero se realizará aún más el cuadro de sus virtudes elevando el espíritu militar algún tanto decaído, sin el que pronto perdería el prestigio moral que le sostiene.

Es forzoso, pues, que no haya descanso para fomentar la instrucción que todos recibieron, sin abandonarla por la diseminación que exige y permite más estudio, así a la Infantería como a la Caballería, para que se reúnan a los deberes y condiciones de Guardias los más sólidos principios militares.

Los reglamentos que en breve me prometo someter a la aprobación de S. M. unificarán, disminuyendo trabajo, la marcha del Detall y de la Contabilidad. El Gobierno se ocupa en proveer con la posible preferencia el cambio de armamento cuyo estado conoce bien; y sujetas todas las prendas y efectos a los modelos que se tienen y van completándose, sin olvidar la necesidad de evitar gastos superfluos a todos, se restablecerá la más completa uniformidad, que está descuidada, para lo que se recopilan en una sola instrucción las reales órdenes y providencias de mis dignos antecesores que tratan de ella.

La cooperación de los señores Jefes, el buen deseo que hay en las clases y la intachable disciplina y voluntad del Guardia secundarán



Leopoldo O'Donnell, Presidente del Gobierno que tras la guerra de Africa siempre confió en la lealtad y valía de Quesada.

a no dudarle mi propósito, para que, así como el desvalido ve en el Cuerpo un refugio y los buenos soldados su porvenir, el Ejército pueda considerarlo siempre como una potente reserva, y el Gobierno y el País como el más firme apoyo de los principios en que descansan la sociedad y las Instituciones.—Quesada.»

El día 1.º de junio de 1864 fue para la historia del Cuerpo, y sobre todo para el Colegio de Guardias Jóvenes, un fausto y satisfactorio recuerdo, con motivo de la visita de SS. MM. la Reina y el Rey, acompañados de S. A. R. el Príncipe de Asturias y del Teniente General Quesada.

S. M. el Rey y el Príncipe de Asturias revistaron en la estación de Valdemoro la Compañía de Guardias Jóvenes; el Rey se manifestó complacido y satisfecho del buen porte y esmerada policía con que se presentaron los hijos de aquellos guardias veteranos.

Estamos seguros de la emoción que experimentarían aquellos jóvenes y todos sus familiares ante este acto inolvidable.

SS. MM. manifestaron al General Quesada, además de su complacencia por aquel acto, el aprecio que profesaban a la Institución de la Guardia Civil en general, y en prueba de ello y del alto aprecio que le merecían los distinguidos servicios que desde su creación venían prestando los hombres del Benemérito Instituto de la Guardia Civil, S. M. la Reina declaró PROTECTOR DE LA COMPAÑÍA DE GUARDIAS JOVENES, establecida en Valdemoro, a su amado hijo el Sermo. señor Príncipe de Asturias.

Con respecto a ello, el Director General, en una Orden General de fecha 16 de junio de 1864, decía:

«En la Orden que dejé consignada en la compañía de Guardias Jóvenes el 10 del actual en Valdemoro, dije que grande y memorable será este día para vuestros tiernos corazones y para el Cuerpo todo con cuya Dirección me honro, en el que se hallan o sirvieron vuestros mayores.

S. M. la Reina con su augusta familia (q. D. g.) se ha dignado hacer estación aquí con el solo objeto de revistaros, cuya merced, sus cariñosas frases y más que todo el haber nombrado Protector de la Compañía a S. A. R. el Príncipe de Asturias al frente de ella, en representación del Cuerpo, prueban bien en cuánto aprecia los servicios con que diariamente enaltece su crédito y aumenta su elevado prestigio.

La prometí en vuestro nombre corresponder a tan señaladas distinciones ahora con aplicación y buena conducta, mañana con la que observaréis en las filas, o donde os conduzca el destino; pero siempre dignamente, pagando así su maternal afecto, pues si vuestra edad no os permite conocer la gratitud que esto os impone, estoy seguro que los veteranos del Cuerpo y vuestros padres sabrán recordároslo oportunamente.

En todo caso tened siempre presente que los deberes a que obliga el honroso uniforme que vestimos se han aumentado hoy; y que las armas que empezáis a manejar han de ser el apoyo y garantía de la paz, del orden y de la propiedad, así como el lema indivisible de nuestra bandera es la Reina y la Patria.»

Una de sus más constantes luchas fue la modificación del reclutamiento de la clase de voluntarios licenciados del Ejército y de la de paisano.



El Teniente General Quesada en su época de Director General de la Guardia Civil.

Propuso el aumento de fuerza del Cuerpo, con objeto de ampliar la esfera del servicio del Instituto en lo concerniente al de la Guardia Rural. Consiguió incrementos de sueldos en las clases de tropa. Modificó y suspendió algunas prendas de vestuario por economía de gastos y ordenó el cambio de 5.400 fusiles que tenía adjudicados la Infantería del Cuerpo por carabinas rayadas nuevos modelos de 1857.

El vigorizar el espíritu de todos los componentes del Cuerpo, la organización militar y la vigilancia por parte de los Jefes de los servicios fue para Quesada preocupación constante, como lo vemos en la Orden General dirigida a todos los Jefes de Tercios y Comandancias, y que a continuación transcribimos:

«Desde que S. M. la Reina (q. D. g.) se dignó confiarme la Dirección General de este Cuerpo mis disposiciones se han encaminado a vigorizar su espíritu y organización militar, para que corresponda cada vez mejor a las complicadas exigencias de su servicio.—La preferencia que a éste debe darse ocupará mi constante atención, que exige la de todas las clases, pues ya he hecho conocer que mi objeto al disminuir los trabajos de detall era el de que pudiesen mejor dedicarse a asuntos más importantes, habiendo dictado varias medidas encaminadas al propio fin.—Es preciso ante todo se persuadan, así los Jefes superiores como los de provincia y línea, de la necesidad de vigilar y sorprender por sí los detalles del servicio, haciendo salidas repentinas, extraordinarias e irregulares, que les pongan en el caso de conocer con seguridad si los deberes de cada clase se llenan con la constancia y precisión necesarias para obtener buen resultado, evitándose sucesos lamentables e ignorados muchas veces; por el contrario, esperando sólo la época de las revistas reglamentarias, su marcha lenta y normal siempre anunciada por la diseminación del Cuerpo, no puede dar a conocer si están bien o mal atendidas las obligaciones que a cada cual competen, como no reine un completo y punible abandono.—Ya he podido apreciar con satisfacción el celo con que algunos cumplen, pero mi anhelo es obtener la seguridad de que todos llenan sus obligaciones, poniendo de su parte algo más que su deber, viéndome secundado de una manera que nada deja que desear para que este Cuerpo corresponda por completo a la confianza que S. M., el Gobierno y el País tienen en sus virtudes y acreditada disciplina.—Madrid, año 1864.—Quesada.»

Con fecha 12 de octubre del año que nos ocupa, cesaba en la denominación de Director General del Cuerpo de Guardias Civiles y de la Guardia Civil Veterana para tomar la de Director General de la Guardia Civil.

Mucho esperaba el Benemérito Cuerpo de este Director General, que en el poco tiempo que llevaba ejerciendo el mando tanto interés se había tomado en mejorarla. Pero los vaivenes de la política de nuevo volvieron a traer al poder al General Narváez y, una vez más, las discrepancias personales entre ambos motivó que Quesada cesase en el mando de la Guardia Civil el 29 de septiembre. Dos días después se despedía de todos sus subordinados de la siguiente forma:

«Al encargarme de esta Dirección consigné en 8 de diciembre último la marcha que me proponía seguir para corresponder a la confianza de S. M. la Reina (q. D. g.) y, al cesar hoy, llevo la convicción de haber procurado cumplirlo, ajustando todas mis disposiciones

a los reglamentos e intereses del servicio del Cuerpo y de sus clases. Debo consignar con gratitud que la Secretaría de esta Dirección y su Jefe particularmente, ha llenado mis deseos con acierto, inteligencia y actividad en sus tareas habituales, así como en las especiales que se han ejecutado o puesto en planta, algunas de grande trabajo e importancia.

Los señores Jefes de Brigada como los del Cuerpo, sus Oficiales y Tropa han llenado satisfactoriamente los deberes respectivos, secundándome con el celo y eficacia que reclamé de ellos, y lo han demostrado más en algunos trabajos extraordinarios que ha exigido la realización de mi pensamiento y restableciendo la observancia de órdenes anteriores, que igualmente tienen el objeto de buscar en la mejor organización militar el medio de desempeñar con más resultado el preferente servicio que prestan.

Poco he tenido que reprender, mucho que admirar, premiar y recomendar al Gobierno de S. M., como aparece en las relaciones de servicios y en la colección de órdenes generales que se han publicado, donde constan los más notables, para estimular así una noble emulación y espíritu.

Seguiré siempre con interés las vicisitudes del Cuerpo, cuya brillante historia, después de estudiarla, he procurado regularizar más para lo sucesivo por la importante atención que merece.

Recompensados cumplidamente quedan mis desvelos en este mando, con el derecho de usar el honroso, respetado y querido uniforme de la Guardia Civil, cuyas clases colectiva o individualmente, sea cualquiera la situación a que me conduzca el destino, pueden contar siempre con el resuelto apoyo y buen afecto de su General.—Quesada.»

Al dejar el mando de la Guardia Civil quedó de cuartel hasta que la Reina llamó de nuevo a O'Donnell para formar gobierno, a consecuencia de los sucesos de la «noche de San Daniel». En 1864, Quesada acepta el cargo de Director General de Administración Militar, y en 1866, al triunfar la revolución de este año, luchó en las calles de Madrid para dominar a lo que contribuye en gran parte la revolución, resultando herido en una pierna, lo que no le apartó de los puestos de mayor peligro hasta la victoria final.

Aún fue Quesada Director General de Carabineros antes de solicitar una vez más el pase a situación de cuartel, en parte por su incompatibilidad personal con Narváez, de nuevo en el poder, y en parte por el avance del liberalismo republicano, que auspiciaba una próxima tempestad política.

Y así fue, las tropas de la revolución, comenzada en Cádiz el 18 de septiembre de 1868, al triunfar sobre las fuerzas de Isabel II en la batalla del Puente de Alcolea el 28 de dicho mes y año, destronaban a la Reina, que marchaba dos días después a Francia. El General Serrano y Domínguez, Duque de la Torre, se hizo cargo del Gobierno Provisional y luego de la Regencia. Quesada, apartado de toda actividad política y militar, estaba de cuartel, y en tal situación permaneció durante la Regencia de Serrano, el reinado de Amadeo I y la primera experiencia republicana, que se inició el 11 de febrero de 1873 y concluyó en el más rotundo fracaso el 3 de enero de 1874, totalmente desacreditada.

El futuro era aún incierto y la mayor preocupación del Gobierno se centró en la tercera guerra carlista, que había alcanzado considerables proporciones ante la caótica situación del país. No resultaba aventurado

conjetura que se desembocaría en la restauración monárquica. Fue por ello por lo que aceptó Quesada la Dirección General del Estado Mayor que le ofreció el Duque de la Torre, si bien le hizo saber con sinceridad desde el primer momento que él era decidido partidario de la restauración en la persona de don Alfonso XII. Muy pronto, al finalizar aquel mismo año, vio cumplidos sus deseos y, bien conocidos sus sentimientos monárquicos alfonsinos y sus dotes militares, se contó inmediatamente con él para lo que en aquel momento era más indispensable y urgente: acabar con la guerra carlista.



Batalla de Treviño, gran victoria de las tropas de Quesada el 7 de julio de 1875 (Cuadro de Víctor Morelli, oficial de la Guardia Civil).

Se concibió un plan de operaciones metódico y en gran escala. Se movilizaron doscientos mil hombres y se escogió a los Generales Jovellar, Martínez Campos y Quesada para mandarlos. Quesada, como General en Jefe del Ejército del Centro, primero, y mandando el del Norte más tarde, no conoció la derrota. Venció a los Generales Dorregaray y Gamudi.

El 7 de julio de 1875, el General Quesada, que mandaba como General en Jefe el Ejército del Norte, con unos efectivos que ascendían a 23 Batallones, 7 escuadrones y 4 baterías, organizados en 7 Brigadas, mandadas por Alarcón, Arnaiz, Pino, Loma, Prendergast, Tello y Pardo de la Casta, y otra formada por fuerzas del Pretendiente, mandada por Pérula, compuesta de 20 Batallones, 6 escuadrones y 5 baterías, obtuvieron un gran triunfo en la batalla de Treviño.

Igualmente evitó que Pamplona fuese cañoneada; se apoderó de gran número de poblaciones y salió victorioso en los duros combates de San Cristóbal, Alsasua y Miravelles, entre otros muchos.

Terminada la guerra, se le recompensó con el ascenso al máximo grado de la milicia, al de Capitán General, en 1876 y con el título de Marqués de Miravelles y Grandeza de España de 1.^a clase en 1880, en cuyo año cesó en su cargo de General en Jefe del Ejército del Norte, que aún ostentaba, y pasó a Madrid como Senador Vitalicio del Reino.

Príncipe de la Milicia a los cincuenta y ocho años, cuando el primer Marqués de Miravelles llegó a la Corte no pudo evitar su encuadramiento político y cierta actuación en este aspecto. Sus dos compañeros de la última guerra, Jovellar y Martínez Campos, ya habían sido Jefes del Gobierno. El llegaba a Madrid con sesenta y dos años, un título de nobleza, la máxima jerarquía militar y el nombramiento de Senador. Por otra parte, su repugnancia a mezclarse en las luchas políticas no tenía ahora una base sólida en que apoyarse, pues el país vivía una etapa de estabilidad y paz social bajo el reinado de «El Pacificador» y ningún partido mostraba intenciones revolucionarias. Había llegado la época en que se turnarían pacíficamente en el poder sin motines ni sublevaciones sangrientas.

Por otra parte, Quesada, profundamente monárquico, sentía íntima gratitud hacia Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador, por haber sido el promotor político de la restauración. Así cuando éste le llamó a su lado para contar con su prestigiosa personalidad, ni pudo ni supo negarse, y de ahí que en los últimos años de su vida, no pudiendo tener ninguna actividad profesional por su altísima jerarquía militar y por no haber ninguna guerra en que emplearse, figurase en el partido conservador y fuese Ministro de la Guerra desde enero del 1884 hasta el fallecimiento de Alfonso XII.

Cuatro años más tarde, el 19 de enero de 1889, a los setenta y un años de edad, fallecía en Madrid el excelentísimo señor Capitán General don Genaro de Quesada y Matheus, soldado excepcional del siglo XIX y uno de los más prestigiosos Directores, por su personalidad y cualidades militares, con que ha contado el Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil.